

MICHAEL
TSOKOS

Desgarrada

**El verdadero
thriller policial**

Título original: *Zerschunden*

Cubierta: FinePic / Shutterstock

Primera edición: 2017

Escrito por Michael Tsokos

© 2015 by Verlagsgruppe Droemer Knaur GmbH & Co. KG, Munich, Germany
The book has been negotiated through AVA international GmbH, Germany
(www.avainternational.de).

© traducción: Juan Ponce Sánchez, 2017

© de esta edición: Algaida, 2017

Avda. San Francisco Javier 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

www.editorialboveda.com

ISBN: 978-84-16691-68-5

Depósito legal: SE. 1725-2017

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

PRÓLOGO

ABRÍÓ LA PUERTA DE LA FURGONETA OCRE, DE GOLPE Y EN el momento justo. Metal golpeó contra metal, y la joven cayó junto con su bicicleta. Su cuerpo provocó una nube de grava y polvo al impactar contra la estrecha calle sin asfaltar. Tal y como se lo había imaginado. Cientos de veces, durante días y noches enteros.

Bajó lentamente de la furgoneta y esbozó una amplia sonrisa, y le pareció como si llevara colmillos postizos. El pulso se le había acelerado, se notaba ligeramente mareado. Había vuelto la adrenalina. Por fin.

Hazlo despacio, se recordó a sí mismo, o se acabará enseguida. El subidón con el que había soñado durante tanto tiempo.

Observó el embrollo de brazos y piernas desnudos, de radios y ruedas dando vueltas en el vacío. Con la mente empezó a arrancarle la ropa del cuerpo. Pensaba escribir sobre ella con cuidado y con calma, hasta la última parte de su cuerpo. Se había hecho con una colección muy completa de cuchillos, y no había sido fácil; cada vez que desaparecía uno, alguien montaba un alboroto. Un día fue un cuchillo para picar verduras, otro el cuchillo de matanza que se parecía a un hacha. Seguro que, de ser necesario, podía partir huesos.

De ser necesario, pensó. Una necesidad así puede llegar a presentarse.

La angosta calle discurría a través del bosque, a las afueras de la ciudad. A esas horas de la mañana no se veía a nadie.

Se inclinó sobre la chica y agarró la bicicleta por el manillar y el cuadro. Bajo los radios doblados estaba su rostro joven, pálido, cubierto de polvo. Balbuceó algo, pero él no le prestó atención. Ya iba siendo hora de llevársela.

Tiró la bicicleta entre los matorrales de la cuneta. Estaba todo lleno de basura, así que a nadie se le ocurriría buscarla allí. *Y si lo hacen, ¿qué más da?*, pensó.

Cuando volvió a dirigirse hacia la chica, esta intentaba alejarse a rastras.

—¡Que te lo has creído, cariño! —gritó él.

La alcanzó en tres zancadas. Ella giró la cabeza sobre el hombro y le miró. Tenía rojo, negro y gris en frente y mejillas, manchas de aceite, sangre y polvo. Los ojos muy abiertos, llenos de miedo. Un miedo desnudo ante lo que vendría después.

Él no necesitaba tomar mucho impulso para golpear con fuerza. La gente solía sorprenderse por ello. Puede que no fuera muy alto, pero lo compensaba sobradamente con la fuerza de sus puños. La golpeó de lado, en el cuello, y su cuerpo quedó instantáneamente inerte.

La arrojó al interior de la furgoneta, subió tras ella y se acucilló a su lado. Ella empezó de nuevo a moverse y a balbucear y, por un momento, él estuvo a punto de entrar en pánico; mierda, no se le había ocurrido pensar que tendría que mantenerla tranquila de alguna manera. Muerta no, pero sí quieta. No podía estar noqueándola una y otra vez mientras conducía.

Sus ojos recorrieron el interior del habitáculo. En el suelo había una especie de trampilla y, al abrirla, apareció una cuerda naranja. Era una soga, ligeramente basta para el uso que quería darle, pero serviría para atarla de manos y piernas.

Ella se resistió, gimió con más fuerza y puso los ojos en blanco, pero tras un nuevo puñetazo, esta vez en la sien, volvió a que-

darse totalmente inmóvil. La amordazó con un trozo de venda que encontró en el botiquín de primeros auxilios de la furgoneta.

Listo para el viaje, pensó, y bajó de la zona de carga. No vio la abolladura hasta que no fue a abrir la puerta del conductor. Joder, su hermano se pondría furioso. La pintura estaba totalmente rayada, y la abolladura era tan profunda que podía meter en ella la mitad de su dedo pulgar.

Empezó a enfurecerse. *¡Es todo culpa de esa puta!* Le asaltaron visiones en las que ahogaba con sus propias manos a la zorra que yacía ahí dentro. Imágenes de ella tumbada bajo él, temblando, resistiéndose, gimiendo, como al hacer el amor. Durante lo que le pareció una eternidad, tuvo que luchar contra el impulso de acabar con ella allí mismo.

No lo estropees otra vez, se reprendió. *Lo has preparado a la perfección, así que sigue según el plan.*

Respiró hondo un par de veces y volvió a sentirse bajo control. A su hermano le contaría cualquier historia. Había dejado el coche en algún sitio, y la puta abolladura ya estaba ahí cuando volvió. ¿A quién pueden importarle cosas tan patéticas como abolladuras y arañazos en un coche?

A él, desde luego que no. A él, si acaso, los arañazos le interesaban sobre el cuerpo de una mujer, por lo demás, no. Las palabras que por fin podría cortar en su piel, como tanto tiempo llevaba imaginándose.

No, esta vez no lo estropearía. Incluso había encontrado un escondite donde podría escribir sobre ella con toda tranquilidad. Nadie la buscaría allí; a nadie se le ocurriría que en ese agujero pudiera haber algo más que ratas.

Se deslizó tras el volante de la furgoneta, cerró dando un portazo y arrancó derrapando con las ruedas.

Berlín, Tegel
Jueves, 2 de julio, 19:45

EL PEQUEÑO SUPERMERCADO SE HALLABA EN TAN MAL ESTADO como el resto de la urbanización, situada en la periferia noroeste de la ciudad. Y como buena parte de sus habitantes.

Irina Petrowa hacía cola en la caja, y le dolían todos los huesos de su cuerpo de setenta y dos años. Aunque la ciudad se asaba bajo una ola de calor que duraba ya ocho días, ella tiritaba bajo su abrigo de verano. La luz de sus ojos se había vuelto turbia por las cataratas, y en sus oídos resonaban ininterrumpidamente los ruidos provocados por el tinnitus que padecía. Siempre abría los ojos y los oídos al máximo, con la intención de percibir tanto como pudiera de lo que pasaba a su alrededor.

La verdad es que en ese momento no pasaba gran cosa. Todos los de la cola parecían cansados, agotados. A algunos se les notaba que habían tenido un largo día de trabajo, y que encima ahora tenían que aprovechar que el supermercado no había cerrado todavía para comprar montañas de comida. Sin embargo, la mayoría parecía llevar una vida solitaria, ya que solamente habían metido unos pocos artículos en el carro. Como Irina Petrowa.

Con una mano hizo avanzar el carro algunos centímetros, y con la otra agarró el mango de su anticuado bastón. Lo había heredado de Sascha, su hermano pequeño, que había muerto el verano anterior a los setenta y un años. *El vodka, la maldición de Rusia*, pensó. Había volado hasta San Petersburgo para asistir al entierro, y eso le había costado sus últimas fuerzas.

El viaje, la ciudad de su juventud, los recuerdos de los que no conseguía liberarse desde entonces.

Irina Petrowa había llegado a Alemania en tiempos de la Guerra Fría y, naturalmente, por amor. Un amor que se marchitó pronto en la gris rutina de la RDA. Había pasado casi toda su vida adulta en la capital, primero en el este y, tras la caída del muro, en el oeste de Berlín. Era viuda desde hacía diez años.

Junto a la tumba de Sascha le había asaltado por primera vez un pensamiento: que había perdido su vida como quien pierde un tren en la estación. Desde entonces, sentía con qué intensidad bullían en ella las ganas de vivir. La mayoría de sus compañeros de residencia ya se había rendido; Irina Petrowa no, ella quería vivir, aunque moverse le doliera cada día un poco más.

Nunca antes había visto a la joven de la caja. O cambiaban a las cajeras cada pocos días, o su memoria a corto plazo empeoraba tan rápido como su vista. Le pidió a la empleada que la ayudara a guardar la compra, y se puso en camino hacia casa con su bastón y la bolsa de plástico.

Junto a la salida había ofertas para aficionados a la jardinería. Solo percibió como una sombra desenfocada al robusto negro que observaba la colección de tumbonas y barbacoas. Paso a paso se arrastró por el aparcamiento, y la sombra negra la siguió.

A mano izquierda había una pequeña zona verde, con bancos en los que siempre se sentaban algunos bebedores. Irina

Petrowa puso cuidado en no acercarse a los hombres de voz ronca, pero no sirvió de nada. *Son como Sascha*. En el tanatorio se habían esforzado mucho, pero a pesar de ello su hermano pequeño parecía una momia en el ataúd. Tan esmirriado y encogido como si el alcohol lo hubiera quemado desde dentro.

Después de cruzar el aparcamiento había tan solo unos cien metros hasta la puerta de su casa, pero para Irina Petrowa era como una marcha forzada a través del desierto. El todavía deslumbrante sol de la tarde le molestaba en los ojos, y lo veía todo como envuelto en una niebla brillante. El sudor le bajaba en regueros por la espalda y, a la vez, sentía mucho frío. Avanzaba obstinadamente con su bastón; el mango, una cabeza de halcón plateada. Podía hacer que le llevaran la compra a casa, pero no quería ni oír hablar de eso: para ella, su paseo vespertino al supermercado era el punto álgido del día.

Cada mañana a las nueve llegaba al piso su cuidadora, una belleza caribeña llamada Mercedes Camejo. Se ocupaba de las tareas domésticas y la ayudaba a limpiarse y vestirse, pero Irina Petrowa se alegraba siempre que la robusta mujer se marchaba. De todos modos, apenas podían mantener una conversación decente, ya que la cuidadora solo chapurreaba el alemán, y todo lo que la cuidada escuchaba era un parloteo sin sentido.

Irina Petrowa alcanzó por fin el bloque de seis pisos. Desde él casi podía verse el aeropuerto de Tegel, y contaba con plazas para hasta sesenta ancianos, en apartamentos adaptados a la tercera edad. Se inclinó, apoyó el bastón en la pared junto a la puerta del edificio, y buscó la llave en el bolsillo de su abrigo. Al otro lado de la calle, el hombre de piel color de hollín parecía estudiar los carteles de una columna publicitaria. Irina Petrowa sintió de manera vaga que la sombra seguía cerca de ella, pero en su pensamiento se había transformado en otra cosa.

Tras décadas de distanciamiento y poco antes de su muerte, su hermano Sascha y ella habían vuelto a tener una relación muy cercana. Se escribían cartas, y hablaban por teléfono varias veces al mes. Ella siempre había tenido a Sascha por un hombre de acción que habría considerado una pérdida de tiempo cualquier pensamiento profundo, pero por medio de alguna transformación prodigiosa, poco antes de su muerte se había convertido prácticamente en un místico.

O bien antes siempre había fingido, o bien el vodka lo convirtió en un sabio, pensó Irina Petrowa. Ambas opciones le parecían igualmente improbables. Estaba peleándose con las llaves, que se habían enredado en el forro del bolsillo de su abrigo, y tenía un calor terrible.

«Las sombras que nos rodean no son otra cosa que nuestros pecaminosos pensamientos», le había contado Sascha pocas semanas antes de caer en coma. «¿Lo entiendes, Irina?».

La verdad es que no lo había entendido. No era algo lógico, al menos de primeras. Pero si uno se lo tomaba como sabiduría mística, parecía adquirir cierto sentido.

Metió la llave en la cerradura con mano temblorosa. Una vez la puerta abierta y el bastón de nuevo en su mano, entró lentamente al vestíbulo. El ascensor estaba ahí, tentándole con la puerta abierta y su zumbona luz de neón, pero Irina Petrowa se dirigió decididamente hacia la escalera. «El ascensor lo inventaron los enterradores», le había inculcado hacía años Grigorij, el sacerdote de su parroquia ortodoxa.

Eso había convencido a Irina Petrowa sin necesidad de mística. Su médico le había dicho básicamente lo mismo, pero sin referencias a los enterradores. En cualquier caso, día tras día y con mucho esfuerzo, usaba la escalera para subir a la primera planta.

Por un momento le sorprendió no haber escuchado cómo la puerta se cerraba tras ella, pero, al fin y al cabo, en sus oídos

se oían tantos pitidos como en un tranvía en marcha. No obstante, se dio la vuelta en el descansillo del primer piso y miró atentamente hacia abajo. Allí no había nada, si acaso una sombra que cubría media escalera, y sus pensamientos volvieron a dirigirse a Sascha. *No hay sombras, ¿lo entiendes, Irina?*

Sí, hermanito, entiendo lo que quieres decir.

Frente a la entrada del piso tuvo que repetir el molesto ritual. Apoyó el bastón contra la pared, sacó la llave del bolsillo del abrigo y abrió la puerta. Después volvió a coger el bastón y empujó la puerta con la punta recubierta de goma.

En ese momento recibió un fuerte golpe en la espalda. *¿Qué ha sido eso? ¡Por el amor de Dios!* Entró a trompicones en el pequeño recibidor y alzó los brazos, el bastón y la bolsa de la compra se le cayeron de las manos y aterrizaron en la moqueta. Quiso darse la vuelta, pero recibió un segundo golpe en la espalda, todavía más fuerte, que al fin le hizo perder pie. Irina Petrowa cayó cuan larga era. Intentó amortiguar la caída con las manos, y sintió un dolor terrible en brazos y muñecas. Quiso gritar pero no pudo, dos fuertes manos la habían agarrado de la cabeza y la nuca y estrujaban su rostro contra la moqueta de olor mohoso. Yacía bocabajo, totalmente indefensa, y luchaba por no perder el conocimiento.

Sombras, pensó, y de repente todo se volvió negro.

Cuando volvió en sí, seguía tumbada en su recibidor, pero le extrañó ver que estaba bocarriba. La puerta del piso estaba cerrada, y al lado había un hombre en cuclillas que la miraba con atención. El blanco de sus ojos y sus dientes destacaba de manera irreal sobre su negro rostro. Aunque aún estaba aturdida, Irina Petrowa supo que debía de ser el hombre robusto del aparcamiento del supermercado.

La sombra. Ahí te has equivocado, Sascha, pensó. *Se trata simplemente de un ladrón que le ha echado el ojo a mis joyas.*

Su boca se abría y se cerraba, parecía estar hablándole, pero Irina Petrowa no entendía las palabras. El tinnitus chillaba en sus oídos, y el corazón le latía en la misma garganta.

—¡Lléveselo todo! —consiguió articular.

Él le enseñó los dientes, le cogió la falda y se la alzó hasta las caderas. Después le bajó las medias.

Irina Petrowa se quedó helada. *Un perverso*, pensó. *Dios mío. ¡Va a violarme!*

Quiso gritar pidiendo ayuda, pero él la cogió del cuello y apretó. *¡Si tuviera el bastón!* Presa del pánico, Irina Petrowa tanteó el suelo con las manos, pero no había forma de encontrar el maldito trasto. En vista de que no podía hacer nada mejor, clavó sus uñas en las manos que atenazaban su garganta como un lazo de acero.

Pero no tenía nada que hacer. Un último estremecimiento sacudió su cuerpo. Después, sus brazos cayeron inertes, y su mirada se vació para siempre.